

El nivel social marca la elección de carrera por vocación o por trabajo

Los estudiantes con menos recursos apuestan por grados más cortos, sobre todo sociales, y con un retorno salarial más rápido

ELISA SILLÍO, Madrid
 El nivel de estudios de los padres —y en especial de la madre, que suele ser quien echa una mano con los deberes— no solo determina que un joven termine el Bachillerato y vaya a la universidad, sino incluso en qué carrera se inscribe. Partiendo del hecho de que un joven rico tiene tres veces más posibilidades de ir a la facultad que uno pobre, una serie del Ministerio de Universidades —que registra los datos de todos los matriculados en grados en España entre 2016 y 2020— muestra que los hijos de profesionales con sueldos altos tienden a estudiar más carreras de ciencias, ciencias de la salud e ingenierías, y los de origen socioeconómico bajo, Humanidades y Ciencias Sociales.

La brecha en las cifras del ministerio es mayor si lo que se tiene en cuenta es el nivel de estu-

dios de los padres: el 57% de los matriculados de Ciencias Sociales tiene uno o dos padres con título universitario, frente al 68% en el caso de las ingenierías. En Humanidades el porcentaje es del 58% y en Ciencias de la Salud, el 65%.

Las carreras científicas y de ciencias de la salud, copadas por los pudientes, son percibidas como más prestigiosas, tienen notas de admisión más altas —a los más desfavorecidos les lastra la inequidad educativa y la inflación de notas en los centros privados—, son las de mayor dificultad y cuentan con las tasas más caras por su nivel de experimentalidad. Por ejemplo, en Castilla y León una primera matrícula de Geografía cuesta 755 euros y en Veterinaria, 1.339 euros.

Un estudio del Observatorio de Estudiantes de la Universidad Complutense (UCM) de 2019, ba-

sado en las matriculaciones en primer curso, refrenda estos datos, pero va más allá y diferencia por carreras. Mientras que más del 60% de los padres (varones) de los matriculados en Medicina, Odontología y Farmacia son licenciados y tienen sueldos altos, solo ocurre lo mismo con el 33% de los matriculados en Óptica. Las cuatro son carreras de Ciencias de la Salud, pero Óptica antes era una diplomatura —es decir, que antes con tres cursos, y ahora en cuatro años, se puede trabajar como óptico; mientras que la carrera de Medicina dura seis años y pasa uno antes de que el graduado comience a cobrar como Médico Interno Residente (MIR)—. Lo mismo ocurre con Educación, anti-gua diplomatura, que se acaba en cuatro años con relativa facilidad y se puede comenzar a ejercer en un centro concertado o privado.

“Sabemos que cuando existían

carreras cortas y largas [antes del Plan Bolonia], el alumnado menos favorecido tendía a escoger las cortas, las diplomaturas, por aminorar el riesgo”, explicó Vera Sacristán, directora del Observatorio del Sistema Universitario —de los cuatro campus públicos de Barcelona—, el pasado martes en una comparecencia en una comisión del Congreso para hablar de la nueva ley universitaria. Y sigue ocurriendo. “Entonces y ahora, los jóvenes con pocos recursos eligen carrera pensando en la profesión, no en la vocación”, dice.

“El principal coste de ser universitario es que no puedes trabajar o tienes que reducir el tiempo que dedicas al trabajo. Lo que se llama coste de oportunidad”, relata la profesora de la UCM María Fernández-Mellizo. “Luego está el coste de las matrículas, que se puede paliar con las becas. Pero aunque para casos de extrema vulnerabilidad hay becas compensatorias, ni las más generosas cubren el coste de oportunidad. Y luego hay gastos de material. En las tasas, la Administración incluye el coste de las prácticas —muy caras en el caso de Medicina u Odontología—, pero también repercuten en el alumnado, porque en esas carreras experimentales se les piden cosas más caras para seguir el curso. Magisterio, Trabajo Social o Derecho no te obligan a poner tantos recursos”.

Helena Troiano, de la Universi-

Los hijos de profesionales con sueldos altos estudian carreras de ciencias

Las titulaciones de cinco años requieren un gran desembolso económico

dad de Barcelona, analizó 10 carreras en 2013 y llegó a la conclusión —que se prolonga en el tiempo— de que los estudiantes de nuevo ingreso con menos recursos “tienden a evitar los programas de grado más prestigiosos, donde pueden sentirse extraños académica y socialmente” y buscan “perfiles profesionales claros”, que no entrañen grandes riesgos. Pese a ello, 1,2 millones de titulados universitarios se encuentran en riesgo de pobreza, según la Encuesta de Población Activa (EPA). Además, sostiene Troiano, se sienten más en deuda con su familia que los adinerados por el esfuerzo financiero que suponen sus estudios.

Dobles grados

La mayor brecha se da en los dobles grados que nacieron con el Plan Bolonia, que exigen cinco años de estudio incompatible con un empleo y un desembolso económico importante: un grado de precio medio en Madrid cuesta 2.715 euros, y el doble grado 3.269. El 90% de los que estudian el doble grado de Matemáticas y Física en la UCM —la carrera con nota de acceso más alta de toda España— tienen una madre universitaria y una situación económica desahogada. Por contra, como en las titulaciones simples de Educación, en el doble grado de Maestro de Infantil y Primaria menos del 40% son hijas e hijos de universitarias.

La serie del ministerio distribuye los matriculados según el empleo de sus padres desde 2016 y se observa un fenómeno claro: los padres de los matriculados tienen cada vez un empleo mejor cualificado. En la universidad pública, suben los porcentajes de hogares en los que uno de los progenitores tiene una ocupación media (del 16% al 19%) y alta (del 20% al 25%), mientras descienden las ocupaciones bajas o el desempleo (del 26% al 21%). La universidad privada, aunque parece otra liga —la matrícula anual va de los 5.000 a los 20.000 euros, dependiendo del centro y la titulación— alberga también jóvenes de clases medias (22% del alumnado), cuyas familias hacen grandes esfuerzos a base de créditos para que estudien la carrera deseada, mayoritariamente porque no han accedido a la pública.

Los padres más ricos de los matriculados se concentran, como era de esperar, en las ciudades más pobladas, donde están instaladas las grandes compañías y la Administración: Madrid (52% los dos o un progenitor cuenta con un sueldo alto) y Cataluña (50%). En contraste, apenas el 31% en Extremadura, Baleares y Castilla-La Mancha tienen salarios altos.



Prácticas de microbiología en la Escuela de Ingenieros Agrónomos de la Universidad Politécnica de Madrid. / SANTI BURGOS

El contraste con la España de 1960

La incorporación de las clases medias y bajas a la universidad es evidente. El artículo *Origen social de los alumnos de la Enseñanza Superior*, publicado en una revista del Ministerio de Educación en pleno franquismo (1960), describe un panorama radicalmente opues-

to al actual. Ese año, había 12 universidades y 13 escuelas técnicas superiores —ahora hay 50 universidades públicas y 40 privadas— por lo que matricularse unas veces se debía “simplemente a la razón de la residencia de sus mayores en una cabecera de distrito universitario y otras a una relativa solvencia económica de los padres”, se explica en el texto. Estudiar en otra ciudad costaba de media 25.000 pesetas (150 euros) al año, había apenas 62.000 alumnos y el

23% recibió ese 1960 algún tipo de beca —conocida como protección escolar— sufragada por el Estado, la administración provincial o municipal o los sindicatos. Los inscritos se han multiplicado por 25 y el 44% recibe apoyo financiero.

En la actualidad, hay casi 1,6 millones de estudiantes —existen los másteres, los campus a distancia y sedes universitarias en 200 municipios— y el curso pasado 321.000 inscritos se beneficiaron de una beca. El 75% de los

alumnos en 1960 eran por parte de padre (la revolución en las aulas no había llegado) hijos de profesionales liberales con estudios —abogados, ingenieros, médicos o arquitectos— o personal de banca y la Administración.

En muchos casos los herederos se licenciaban para seguir la consulta, el estudio o el despacho propio. El 7% eran familia de ganaderos y agricultores y, previsiblemente, casi todos eran los vástagos de los terratenientes.